

Mohssine, Assia (ed.), *Epistemologías en confluencia: Sociocrítica y giro decolonial. Homenaje a Edmond Cros*. Peter Lang, col. “Argumentos y debates. Sociocrítica e interdisciplinariedad”, vol. 2, 2024, 422 pp.

FRANÇOIS-XAVIER GUERRY
UNIVERSITÉ CLERMONT AUVERGNE

Lo que llama la atención, de entrada, amén de la amplitud y la densidad conceptual de este segundo volumen dirigido por Assia Mohssine, es su suma coherencia. Que se tranquilice el lector que pueda sentirse impresionado en un primer momento, e incluso intimidado, por la complejidad, el carácter potencialmente polémico y la actualidad a menudo palpitante de los temas tratados: el camino ha sido allanado y se ha hecho todo lo posible para facilitar la aprehensión progresiva de estos dos campos de acercamiento difícil, a saber, el giro decolonial y la sociocrítica, estudiados aquí uno comparativamente con el otro. Se nos convida a entablar un diálogo entre las aportaciones del grupo latinoamericano Modernidad/Colonialidad y el enfoque sociocrítico, del que Edmond Cros, a quien se rinde aquí un sincero y sentido homenaje (p. 11-15), fue pionero en los años setenta. Un diálogo alrededor de las cuestiones y paradigmas relacionados con el colonialismo y la descolonización, sus implicaciones múltiples, epistemológicas en primer lugar, y sus aplicaciones prácticas. Mucho más que una mera introducción, la presentación de Mohssine es una esclarecedora puerta de entrada teórica a estos dos campos de investigación, a sus objetos de estudio y sus respectivas metodologías, que iremos descubriendo sobre la marcha, y una justificación de la pertinencia del libro que ha coordinado. El punto de contacto entre estas dos disciplinas hay que buscarlo, en particular, en la idea de que hoy en día subsisten mecanismos de subyugación inherentes a la colonialidad —categoría conceptual que Cros no utiliza, pero a la que apunta su obra en su totalidad—, discursos y representaciones del otro que están impregnados de ella.

Una definición no unívoca del sujeto (cultural colonial / pos / de(s)/colonial / dialógico)

La primera contribución de este segundo volumen, especie de prolongación y profundización de los planteamientos teóricos de la introducción, se interroga, a modo de reflexión previa, sobre el vínculo entre modalidades sociocríticas y aproximación a los objetos de naturaleza cultural. Si la sociocrítica se decanta originalmente por el análisis de los textos ficcionales y literarios, relevadores de manifestaciones sociales, Antonio Chicharro va dibujando la apertura progresiva de la misma a lo cultural. En esta misma línea, Marie-Pierre Malcuzyński concibe el texto literario como el

resultado de una red tupida de discursos interrelacionados, que, a la sociocrítica, práctica transdisciplinaria, le compete desmenuzar. En torno a esta dialéctica entre “lo dado” y “lo creado” gira el concepto de ideosema, acuñado por Cros, que resalta la articulación entre las prácticas sociales situadas antes de / fuera del texto (lo semiótico) y el texto mismo (lo discursivo), y, por consiguiente, engloba potencialmente cualquier producto cultural (véase también p. 417). En su concepción de la cultura como “instrumento de perpetuación social” (p. 61), la subjetividad de los individuos no tiene más remedio que moldearse sobre unas representaciones lingüísticas y unos modelos colectivos preexistentes y perpetuadores de las disparidades sociales, imponiendo una identificación mendaz y alienante.

El carácter transhistórico de estas representaciones que a todos nos contaminan oculta parcialmente la realidad y obstaculiza el acceso auténtico al otro, observación amarga que Cros reitera en el breve artículo que firma y hace de (segundo) marco teórico. Pone el ejemplo de la inmigración africana a Francia para apuntalar su visión de lo que es el imaginario transindividual y su definición del sujeto cultural colonial, no digamos esquizofrénicamente —jamás se trata de patologizarlo—, sino conflictivamente tironeado entre las estructuras mentales del colonizado y del colonizador. De esta fractura inconsciente las más de las veces, traducción psíquica de una ideologización silenciosa y un colonialismo estampado en el imaginario social colectivo, hablan a continuación, entre otros, Lara Quevedo (193), Saldarriaga (299), Cortina (303) o González (320, 326).

En la tercera contribución,ⁱ que es tanto un ensayo como un artículo, la filósofa Seloua Luste Boulbina, en su intento de pensar la descolonización (así reza el título), sigue la reflexión iniciada por Cros sobre la asimilación de la alteridad (horizonte inalcanzable y retórica de tipo colonial). O más bien sobre su contrario: la exclusión del otro y el tratamiento antropémico al que se le somete, por decirlo en términos levi-straussianos, en ciertas sociedades. La descolonización de la sociedad francesa y de otras que se le parecen depende del abandono de este paradigma de la antropemía y su inesencialización racializante subyacente, que prosigue mucho después de que las antiguas colonias se hayan independizado. Se plasma en la pervivencia —poscolonial— de prácticas de subalternización e inferiorización, basadas en el monopolio racionalista que el Norte se arrogó y la existencia de privilegios a la vez materiales y, muro mucho más difícil de derribar, psicológicos. La diferencia entre lo poscolonial y lo decolonial resulta, pues, abismal, y lo uno no entraña necesariamente lo otro.

El artículo de Stéphane Dufoix aborda este proceso de transición de lo primero a lo segundo, que se cristaliza especialmente con la creación de la revista *Nepantla* (2000). La descolonización atañe aquí al conocimiento dentro del ámbito de las ciencias humanas y sociales.

La deconstrucción —realidad que ciertos medios de comunicación impugnan vehementemente— que las ciencias sociales reclaman al menos desde Mayo de 68 no podía dejar de concernirles. O, dicho de otro modo, la descolonización política había de acompañarse de una voluntad (no uniforme) de descolonizar el pensamiento y batir en brecha ciertas dependencias, insidiosas por lo general, para con la epistemología occidental erróneamente considerada como un modelo universalista. Dufoix distingue tres formas: 1. La descolonización de la mente o el deseo de instaurar una sociología asiática, africana... libre, auténtica, desligada del imperio occidental, es decir, una sociología poscolonial; 2. la descolonización, que va un paso más allá, se encarna en particular en el grupo *Coloniality/Modernity*, que aspira a que la crítica del eurocentrismo epistémico se efectúe mediante los saberes subalternizados y la eclosión de una sociología sureña y decolonial (p. 96), y no, como ha podido estilarse, a partir de una perspectiva eurocéntrica; 3. la descolonia, por último, se asemeja a una búsqueda o un horizonte deseable, en el que la universalidad de los conocimientos se construiría colectivamente, partiendo de las peculiaridades culturales y sociales, la articulación de las diferencias, y el respeto de las capacidades émicas y éticas de cada idioma.

Entre las disciplinas interesadas por este giro decolonial que contemplan tanto Luste Boulbina como Dufoix se encuentra el psicoanálisis, que Ana Laura Soto Hernández cuestiona en cuanto ciencia portadora de un racismo epistemológico intrínseco y una lógica enredadamente colonial que procede desminar. Que a este proceso de subjetivación del colonizado por parte del colonizador y la alteridad radical que se le atribuye indebidamente se le considere sucesivamente como mistificación (Frantz Fanon), pura fabulación u “otrificación” (Santiago Castro-Gómez), el resultado redundará en lo mismo. El psicoanálisis, producido desde la supuesta “zona del ser” y, como tal, distante de cualquier tipo de neutralidad, relega al individuo no-occidental a una indiscriminada “zona del no-ser” y perpetra en un plano psicoanalítico dinámicas de colonialidad binarias existentes a nivel socioeconómico, que pueden pasar desapercibidas. La “erótica de la dominación”, intento incipiente de darles a unas prácticas psicoanalíticas enraizadas en la tradición europea una variante “Sur”, procura fomentar una “re-lectura en clave decolonial de nociones psicoanalíticas” (p. 120).

En sus contribuciones respectivas, Alfonso Rodríguez Manzano y Catherine Berthet-Cahuzac emprenden un análisis contrastivo de la noción de *sujeto* tal como emerge en el giro decolonial, conjunto de textos escritos por intelectuales latinoamericanos y caribeños en su mayoría (entre ellos Arturo Escobar, Nelson Maldonado-Torres, Ramón Grosfoguel, Walter D. Mignolo o Gloria Anzaldúa), y la noción de *sujeto cultural colonial* en la teoría sociocrítica. No obstante las convergencias palmarias entre el enfoque del grupo Modernidad/Colonización y el del Instituto Internacional de Sociocrítica, empezando por un interés común por la construcción de las

relaciones de dominio tras la ruptura del año 1492, en el origen del eurocentrismo (para los unos) y del episteme de la diferencia (para los otros), la posibilidad de su encuentro y, en última instancia, del afloramiento de lo que sería un *sujeto cultural descolonial*, tropieza en varios aspectos. Mientras que el académico francés halla en Jacques Lacan un aliciente determinante, máxime en lo tocante a la imposibilidad de llegar a la verdad del sujeto, los partidarios del giro decolonial se oponen firmemente al psicoanálisis (véase lo anterior). Además, mientras que Cros lamenta el desdibujamiento paulatino de la noción de “lucha de clases” (véanse también p. 71 y 75), a la que considera más vigente que nunca, los pensadores decoloniales tienden a preferir la noción de raza (en su acepción sociológica) y género, y poseen una concepción diferente de la identidad.

Las contribuciones de esta primera parte ostentan una misma voluntad de descolonizar la epistemología, y deconstruir ciertos imaginarios y modelos discursivos coloniales, así como ciertas lógicas de dominación duraderas en el continente latinoamericano (y más allá). Esto no quita que también descuelle la diversidad de las concepciones de lo que es el sujeto, puntos de vista divergentes difíciles de (re)conciliar entre teorías decoloniales y poscoloniales, entre el viraje decolonial y el rumbo sociocrítico, y problemas transversales que admiten respuestas disímiles: ¿qué lugar otorgarles a las aportaciones epistemológicas occidentales? ¿qué lugar conceder, más específicamente, al psicoanálisis, disciplina histórica y simbólicamente situada, en la definición del sujeto de/colonial? ¿y a la noción de lucha de las razas, y cómo casarla con la lucha de las clases?

En México y más allá: el arte como arma de concienciación y descolonización

Yadira Munguía abre este recorrido diacrónico por las dinámicas (de)coloniales transnacionales y transatlánticas con la figura de sor Juana Inés de la Cruz, la cual fue partícipe, junto a otras monjas y nobles europeas de calado, en la Soberana Asamblea de la Casa del Placer, academia que, de no ser una simple recreación literaria, no dejó rastro más que en cuatro manuscritos. Si el quehacer creativo de estas tertulianas y su irrupción en un terreno sólitamente masculino constituye de por sí una transgresión, Munguía pone el énfasis en otra: la que concierne a la colaboración fructífera, en un espacio sumamente competitivo y de institucionalización del talento, entre una monja de extracción criolla y otras mujeres españolas y portuguesas, a despecho de los prejuicios raciales y las jerarquías. Esta lectura, libremente inspirada en los planteamientos sociocríticos de Cros, según la cual se invierten los papeles tradicionales entre colonizado/a y colonizador(as), se nos antoja convincente, aunque matizable: la singularidad de este diálogo transatlántico estriba, aparentemente, menos en el hecho de que se dé en pie de igualdad entre la intelectualidad femenina del Viejo Continente y una mujer del Nuevo Continente, que en las afinidades culturales que las

unen y cierto vínculo común con el mundo cortesano (real o virreinal). Dicho de otra forma, el bagaje cultural y el horizonte vital que comparten influyen más decisivamente que el ser oriundas de un lado u otro del océano Atlántico y legitiman el encumbramiento de la jerónima de ascendencia criolla dentro de la élite artística hispánica.

De la colaboración literaria entre criollos novohispanos y peninsulares a la emancipación ideológica gradual de aquellos con respecto a estos, despectivamente calificados de gachupines: Carlos Fregoso Gennis se interesa por este “tránsito lento” (p. 171), pero imparable, en la Nueva Galicia, parte occidental del virreinato. Propone primero un repaso histórico de lo más aclaratorio y didáctico de los tiempos tardocoloniales y de las razones que desencadenaron el movimiento independentista (ideario de las Luces, reformas borbónicas, cerrazón de una administración lejanamente controlada desde la metrópoli). Después va recalcando el papel eminente de cuatro ilustrados novogallegos —Francisco Primo de Verdad y Ramos, Francisco Severo Maldonado, José Simeón de Uría y Berruero y Juan Manuel Caballero—, defensores, cada uno con sus tropismos respectivos, de la soberanía popular, la abolición de la esclavitud, la libertad de los grupos étnicos arrinconados, la democratización del sistema educativo y una economía más igualitaria. Muestra que las iniciativas que tomaron, las cuales encauzaron el proceso de descolonización, rehúyen cualquier tipo de visión maniquea. Precusores de ideas que se concretarían por lo esencial después de su muerte, estos hombres intentaron una síntesis cada vez menos factible entre su apego a la tradición castellana, las raíces históricas de la monarquía hispánica, y su afán por liberarse de una corona que favorecía a los “nuevos” españoles, desconocedores de la realidad americana, en detrimento de los criollos que albergaban un sentimiento de amor para con su tierra.

Con el escritor José Joaquín Fernández de Lizardi, cuya producción literaria considera Raúl Humberto Lara Quevedo en el tercer artículo, seguimos moviéndonos por tierras norteamericanas y ahondando, de la mano y la voz de un personaje denigrado y sujeto colonial, en el tema del difícil reconocimiento de la idiosincrasia criolla y, por lo tanto, su problemático encaje en la sociedad del umbral del siglo XIX. Pese a su procedencia criolla y la desconsideración que lleva aparejada, el pensador mexicano consigue, como Sor Juana antes de él, hacerse un hueco en La Nueva España (luego México), al revés de sus pícaros, Periquillo Sarniento (1816) y don Catrín de la Fachenda (1832). Herederos del áureo Lázaro de Tormes, se convierten en trasuntos abultados y representaciones paródicas de la nación mexicana aún balbuciente y, más precisamente, en máximos exponentes (ficcional) de la ambivalencia del componente criollo, el cual brega férreamente por incorporarse a una sociedad que no lo acepta sino en apariencia y a costa de su sumisión y la mercantilización de su identidad propia. El cotejo entre las dos novelas, que se publican, respectivamente, durante la guerra de emancipación y a raíz de la fundación del Estado

Mexicano, permite poner de manifiesto el que la accesión a la independencia no ponga coto a las arraigadas dinámicas sociales de exclusión y que el modelo novohispano subyazca tras esta nación supuestamente nueva. Así que siglos de colonización española no se borran de un plumazo...

La delineación de los contornos de la identidad mexicana es un tema de preocupación candente unos cien años después de la picaresca lizardiana. En estos tiempos posrevolucionarios revueltos, los artistas vanguardistas polemizan acerca de lo que debe ser el arte nacional y de cómo posicionarse con respecto al pasado. Es esta trabazón entre vanguardismo (entendido en términos crobianos de desemantización y destrucción) y visión decolonial, que parece caerse por su propio peso por ser aunados por una misma actitud de rotura, la que explora Sergio Fregoso Sánchez. Lo más notorio de dicha reflexión que considera cuatro ejemplos de vanguardia, desde la postura de un Diego Rivera hasta la universalidad de Los Contemporáneos, es, a nuestro parecer, el realce en el hecho de que hasta las propuestas aparentemente más proclives a la ideología decolonial y a la renovación epistémica no dejan de opinar, de forma más o menos consciente, desde una perspectiva criolla, blanca, cuando no propiamente colonial. Los muralistas, que abrazan inequívocamente la causa antiporfirista y enaltecen al pueblo indígena como alma de la “nueva” mexicanidad, lo hacen desde su propia posición privilegiada, y no sin incurrir en una forma de apropiación cultural. Y José Vasconcelos, impulsor de reformas educativas y culturales que lo colocan de lleno dentro de la vanguardia, promotor de la “raza cósmica”, del criollismo y del legado prehispánico, preconiza en realidad un mestizaje falaz, sinónimo de blanqueamiento de Latinoamérica y subordinación a un ideal civilizatorio occidental. Lo que descuella es la casi imposibilidad de hallar un discurso cumplidamente decolonial por parte de aquellos que, incluso muy a pesar suyo, son productos de la colonialidad.

Del quebrantamiento de un canon (artístico) a otro (literario), de una desobediencia epistémica a otra, de los ismos vanguardistas al concepto de barroco, y su ligazón con el pensamiento decolonial, así es como se cierra coherentemente la segunda parte del volumen. Haroldo de Campos, intelectual cuyas tesis anticolonialistas expone aquí Maria Fontes, va esbozando una nueva histori(ografi)a de la literatura brasileña y latinoamericana que ya no se fundamenta sobre una visión eurocéntrica de tipo positivista, sino en la categoría de neo o trans-barroco. El barroco, definido como un cúmulo de rasgos formales, sintácticos y lingüísticos rompedores que no se ciñen a la consabida estética del siglo XVII, le permite hacer el elenco de algunos representantes de un canon alternativo (José Lezama Lima, Jorge Luis Borges o Joaquim Maria Machado de Assis). La historia literaria que traza, constelar, como la califica en su estilo sugestivo, y mestiza, no se configura como una sucesión diacrónica lineal de sistemas nacionales cerrados sobre sí mismos, sino como una serie de propuestas disruptivas sincrónicas, que rebasa

las fronteras geográficas y epistémicas consagradas por el Norte. Esta revisión de un canon pretendidamente orgánico e inmutable, y construido desde cierta centralidad europeísta, responde a una necesidad de realzar el valor de unos márgenes económicamente subdesarrollados y, como tales, presuntamente abocados a producir una literatura subdesarrollada, descartable y juzgada con un criterio extraliterario.

Este (aún) discreto resquebrajamiento de las jerarquías coloniales que se barruntaba en la valorización de la figura de Sor Juana por parte de sus congéneres peninsulares y, a través de ella, de lo criollo, termina con una propuesta de descolonización de Campos más resuelta y totalizadora, relativa a la epistemología y los estudios literarios, por medio de un paradigma barroco inclusivo que no solo integra lo criollo, sino lo precolombino y lo africano. Si, en la primera parte, de cariz más teórico, la atención se centraba especialmente en la sociedad francesa, en cuatro de los cinco artículos de esta segunda parte nos trasladamos al suelo mexicano, que sirve de laboratorio, si bien fácilmente entendemos que las dinámicas (de)coloniales descritas resultan generalizables (*mutatis mutandis*). Las reflexiones versan principalmente sobre cuestiones y engastes identitarios en las sociedades coloniales o poscoloniales (y, en mayor o menor medida, en vías de descolonización): la aparición de nuevos sujetos culturales americanos (patentizados en el criollismo de la religiosa jerónima de San Miguel Nepantla, de un Fernández de Lizardi o del ilustrado Uría y Berrueco), no exentos de contradicciones, y nuevas reivindicaciones indigenistas o africanistas (la producción muralista o lezamesca), especialmente a través del arte, a la vez revelador, catalizador y herramienta de *agency*.

De la (des)colonización genérica a la generización (de)colonial

En el artículo inaugural de esta tercera parte, al lector le incumbe establecer la conexión, que permanece implícita bajo la pluma de Nouzha Guessous y se desarrollará en las demás contribuciones, entre la subalternización de la mujer bajo el efecto del patriarcado, en este caso en la cultura magrebí tradicional, tal como la experimentan los protagonistas femeninos de *Sueños en el umbral* (1994) de Fátima Mernissi, y la subalternización de índole colonial que no hacemos sino columbrar en otra novela marroquí, *La Civilización, ¡mi madre!* (1972) de Driss Chraïbi. A través de su dedicación ensayística y sociológica que la convierte en punta de lanza del feminismo islámico, Mernissi entra en el terreno ancestral y exclusivamente masculino de la teología y la exégesis coránica. Rebate el sexismo congénito de dicho texto sagrado, sobre el que se asienta la sujeción de la mujer y su reclusión en un “doble harén” (p. 239), el de la casa y el del analfabetismo, y, al hacerlo, conculca una serie de interdictos fundamentales (o *hudud*) de la religión musulmana.

Raja Rhouni sigue profundizando en el examen de las semillas de la epistemología decolonial que fue sembrando Mernissi, en una carrera a lo largo de la cual no paró de recibir ataques deslegitimadores por parte de los padres fundadores de la sociología marroquí. So pretexto de reprocharle el que no se adhiriera a ningún partido político ni al enfoque holístico del marxismo, poco propenso a reconocer la existencia de una especificidad de la condición femenina, estos hombres a duras penas consiguieron enmascarar el sexismo propio de su entorno académico. En *Le Maroc raconté par ses femmes* (1984), serie de entrevistas a mujeres marroquíes, Mernissi lleva conjuntamente a cabo una empresa feminista y decolonial: no solo les da voz propia a unas personas de ordinario silenciadas por su doble estatus de mujeres y subalternas, sino que les confiere un papel activo en la (co)construcción del saber, prerrogativa habitual de los sociólogos occidentales. Con esta metodología empírica alternativa, que no deja de ser vapuleada por sus pares, Mernissi también le da las espaldas a cierta predilección orientalista en la manera en que los hombres, unilateralmente depositarios de la autoridad epistémica, reproducen dinámicas reificadoras y miran con arrogancia a estas mujeres. Nos parece especialmente interesante la suerte de paradoja que hace que quienes desapruaban las ideas feministas de Mernissi, cuando no hasta su identidad sexual, que constituirían otras tantas rémoras a la objetividad científica, sean ellos mismos fervientes militantes políticos. Último debate que se desprende de los argumentos de sus detractores, y tiene que ver con los requisitos para la descolonización de los saberes: ¿esta sociología escrita en una lengua extranjera —el francés—, no será indicio de una mente crítica colonizada desde dentro por esquemas de pensamiento ajenos, y de una lealtad a los paradigmas etnocéntricos que se pretende dismantelar? ¿Puede descolonizarse la epistemología a partir de un idioma que llevaría las marcas indelebles del colonizador, las llagas de la dominación y la “colonialidad del saber”?

Esta discusión polémica atañera al uso del francés y, más generalmente, a los cimientos teóricos —autóctonos o no— sobre los que se sientan las epistemologías del Sur, prosigue en el artículo siguiente, el de Assia Mohssine, en torno al controvertible universalismo del feminismo engendrado en el Norte. Se centra aquí sobre el concepto de género, de origen estadounidense —recordemos de paso que Mernissi se doctoró en Massachusetts—, y las vicisitudes de su aclimatación al ámbito feminista latinoamericano. Después de dos primeras fases, una que pone en entredicho el androcentrismo estructuralmente constitutivo de las sociedades latinoamericanas, y otra, la ginocrítica de Elaine Showalter que postula una diferencia intrínseca de la escritura femenina, retiene particularmente nuestra atención la tercera fase. Corresponde al auge, a partir de los años noventa, de los estudios propiamente dicho de género, más teóricos e inclusivos que los estudios feministas de las décadas anteriores. Sin minusvalorar la importancia que tuvieron sus

distintas facetas —subalternista, interseccional y deconstructivista— en América Latina, no permearon tan hondamente como uno podría imaginarse en un hábitat a primera vista tan propicio a recibirlos. Las epistemologías sureñas se inspiran en las teorías del género procedentes de Estados Unidos, especialmente en cuanto a la afirmación de la imprescindibilidad de su interdependencia con otras formas de dominación (el racismo, el clasismo), para distanciarse de ellas, reflejos de las preocupaciones de las feministas blancas de clase acomodada. Descolonizar el feminismo no puede hacerse sino mediante un descentramiento y propuestas críticas *sui generis*.

Del género sexual al género zombi, de la colonización a la zombificación o, mejor dicho, de esta como síntoma de aquella, es un paso inesperado que da Patricia Saldarriaga, prueba de lo variados que son los intereses de este volumen. Sobresale en dicha producción fílmica un proceso de zombificación en el que confluyen colonialidades del ser (1), del poder (2) y del género (3). Por una parte, los afrodescendientes de la película *White Zombie* de Victor Halperin son tornados en zombis, o sea, hombres enajenados desprovistos de alma (1) y redivivos para servir en las plantaciones como esclavos (2). Por otra parte, la zombificación, que afecta también a varios personajes de mujeres estereotipadamente caucásicas, ocasiona, a la par que su deshumanización y su conversión en unas especies de odaliscas, prototipos de belleza orientalizante de gusto decimonónico (*id est*, su racialización), su explotación sexual. Se trasluce un sistema capitalista “gore”, fase última y extremada del neoliberalismo, en el que se comercializa hasta a los cadáveres y se violenta a las mujeres (zombificadas, faltas de volición o, para valerse de un léxico de resonancia más actual, de consentimiento) (3). Muy diverso es el rol de la mujer de color en dichas ficciones y el significado de su zombificación. Reducida al servicio de los blancos hasta bien entrados los años 2010, el protagonismo nuevo que adquiere a través de esta “monstrificación”, delatadora de un racismo y un sexismo aún vivaces, la convierte a pesar de todo en una *superwoman* y justiciera empoderada. La figura del zombi, encarnación metafórica, se presta perfectamente a una lectura interseccional, en la medida en que cristaliza las desigualdades vinculadas al género, a la raza y, en nuestras sociedades de culto al rendimiento, a la discapacidad o, mejor dicho, las des-personifica y las descoloniza.

Que esta zombificación de la mujer traspase el umbral de la ficción y se haga eco de una realidad trágicamente coetánea consta en el artículo de Guadalupe Cortina. A través del análisis de la novela *Sangre en el desierto* (2008) de la chicana Alicia Gaspar de Alba, arroja una luz justamente cruda sobre los feminicidios que se multiplicaron a ambos lados de la frontera juarensa desde el inicio de los años noventa, sobre la violencia encarnizada que sufren en carne propia y martirizada las jóvenes maquiladoras. Para terminar de masacrarlas, las autoridades, incapaces de resolver estos casos resultantes de una combinación de corrupción endémica, narcoeconomía y misoginia

orgánica, las responsabilizaron de forma infamante, despojándolas de su categoría de sujeto y rebajándolas a la de zombi o desecho de esta sociedad capitalista-gore (concepto de Margarita Sayak-Valencia ya mencionado). Estas mujeres subalternas se ven forzadas a negociar, desde la indefensión drástica de su posición, un espacio de sobrevivencia y de poder, y navegar mal que bien entre culturas movedizas e híbridas, las que traen prístinamente consigo, y la cultura hegemónica de la sociedad de la que ni siquiera llegan a ser ciudadanas de segunda categoría.

Esta negociación entre identidades distintas y, a veces, en las antípodas, también es el tema central del último artículo de esta sección, de José González. Daniel, héroe de la novela titulada *El común olvido* (2002), en su calidad de homosexual y bilingüe, y *alter ego* de su escritora, Sylvia Molloy, lesbiana e igualmente poliglota, está escindido, en cuanto emblemático sujeto colonial perteneciente concurrentemente a las esferas colonizada y colonizadora, entre dos vivencias lingüísticas y sexuales jerarquizadas. En la Argentina en la que se mueven, el inglés (idioma del padre) es con respecto a la lengua lo que la heteronormatividad con respecto al género: una realidad socialmente prestigiada. Molloy muestra sutilmente como el personaje ha internalizado la tónica colonial que preside a la perduración, en el imaginario colectivo, de una visión disimétrica entre Norte y Sur, y la convicción de que la lengua es una palanca de opresión cultural. Asimismo, en lo que se refiere a la “colonización normativa de género” (p. 322), Daniel sabe adecuarse a los contextos interlocutorios en los que se encuentra y, a tenor del código hetero-normativo imperante, actuar como si no fuera homosexual. Es lo que cree al menos: al final la certidumbre de la eficacia y del carácter connatural de la *pose* (concepto de Molloy, anticipador de la *performance* butleriana) que adopta, se agrieta, desvelando la ardua negociación entre lo propio y lo ajeno.

Una de las ideas que se impone a las claras en esta tercera parte, cuya unidad tanto temática como conceptual es digna de elogio, es la transversalidad de la violencia de género, su inscripción en un contexto plurifactorial, y, por ende, la visión reduccionista que consistiría en tratarla como una contingencia aislada. Y ahí reside el interés de la noción de colonialidad del género, que habría de suplantar la de colonialidad del poder, en opinión de María Lugones —mencionada desde el preámbulo de Mohssine (p. 36)—, puesto que pone el acento en la intrincación e interconexión de las relaciones de dominación padecidas por las mujeres y su subsunción unas dentro de otras. Estas contribuciones también cumplen con una encomiable labor de visibilización —siquiera discursiva— de estas mujeres marginadas en grados diversos, mujeres monstrificadas (Jennifer y las demás heroínas del cine zombi), descuartizadas en Ciudad Juárez o la bolañana Santa Teresa, mujeres tácticamente desacreditadas por sus adversarios (Mernissi) o constreñidas a plegarse a normas hetero-patriarcales (Molloy).

Descolonizar y “sociocrítico” desde las literaturas

El primer artículo de esta última sección volcada a expresiones artísticas abigarradas abordadas desde la doble óptica decolonial y sociocrítica, vuelve a inquirir las características de la vanguardia mexicana postrevolucionaria, pero desplazando los términos del debate. No se trata ya, como lo hacía Fregoso Sánchez, de determinar si los artistas de aquel entonces perseguían un designio decolonial, sino indagar sobre la propia práctica vanguardista, teatral esta vez, y su posible supeditación de tipo colonial a movimientos estéticos europeos tales como el futurismo. Alejandro Ortiz Bullé Goyri hace hincapié en el hecho de que el teatro mexicano posterior a la proclamación de la Constitución coadyuvó a la formación y el fortalecimiento del Estado-nación moderno, de forma más decisiva que cualquier otra forma de adhesión a una avanzada artística occidental. A modo de ejemplo, el teatro de títeres de Bernardo Ortiz de Montellano se alejó pronto de una adscripción estricta a las vanguardias foráneas para dar rienda suelta a una inspiración más personal, que abarca desde las leyendas mayas hasta lo onírico y un surrealismo naturalizado. A la larga, tanto para los miembros del estridentismo, de postura política radical, como, a mayor abundamiento, para Los Contemporáneos, adeptos del arte por el arte, surtió un “efecto descolonizador” (p. 344), en un momento en el que la nación mexicana recién advenida (o por advenir) precisaba de forjarse una imagen propia, más allá de cualquier proyección o afiliación internacional.

Este efecto descolonizador presupone, desde luego, cierta autonomía de pensamiento y movimiento. De ella carecen Nora y Toby, el dúo de personajes de la novela *Mickey y sus amigos* (2010) de Luis Arturo Ramos diseccionada por María Guadalupe Sánchez Robles, empleados en un parque temático floridano y aprisionados en el disfraz del epónimo ratón, metáfora límpida de la desposesión y el adueñamiento de su vida por el gigante estadounidense. Disneyworld se presenta como la cara aceptable de la explotación laboral brutal, el envés *a priori* fabuloso del capitalismo “gore” que hemos visto, tan inclemente como él, pero artificialmente adornado. Ambos personajes se singularizan por una misma incapacidad de emanciparse: su pugna por escapar a las garras de esta aplastadora maquinaria de entretenimiento —de los demás— no es más que una tentativa a la desesperada para volver en su contra las armas que ella misma ha confeccionado, o sea, de sacar partido de la estructura dominante en vez de demolerla. Esta voluntad de pertenecer a un sistema, por muy inicuo que sea, típica de la condición existencial de unos personajes imbuidos de la mentalidad y la discursividad coloniales que tanto los perjudica, unos personajes periféricos que gravitan en torno a un centro anhelado pero inasequible, constituye uno de los hilos conductores de este volumen.

Esta contraposición entre un dentro y un fuera (de la sociedad, del núcleo decisor, del traje de Mickey Mouse), que hace que el individuo se ubique alternada y/o simultáneamente en un

espacio central y descentrado, se superpone en parte con la distinción entre espacios públicos y privados de la que Elizabeth Montes Garcés echa mano en su contribución. Analiza cómo Rosario Ferré y Mayra Santos Febres, dos escritoras portorriqueñas, ficcionalizan la historia de Isabel Luberza Oppenheimer, gerente de un lupanar. Señala ya no la “espacialización de las culturas y las lenguas” (p. 319), en la novela susodicha de Molloy, sino la espacialización de las dinámicas del control patriarcal, el cual se ejerce coincidentemente sobre la casa y el cuerpo de las protagonistas, dos realidades territorializadas que tácitamente están parangonadas (casa lujosa para la esposa blanca virginizada; covacha para la criada, amante y esclava negra). De hecho, la liberación económico-sexual de Isabel, después de su separación con el hombre que la tenía avasallada, corre pareja con su entrada en el mundo y la apertura del prostíbulo que la afamaría y la convertiría en alguien influyente. Pero de tan embebida de los patrones patriarcales de corte colonial, su liberación solo se logra a expensas del apoderamiento del cuerpo de las otras mujeres, y como una anomalía transitoria. La implacable mecánica no tarda en ponerse en marcha de nuevo, y las fronteras, semejantes a los *budud* de la tradición islámica, de raza, clase y género, vuelven a edificarse. Esta Celestina ponceña es asesinada probablemente a manos de dos hombres poderosos, y su Dancing Club borrado del mapa y de la zona céntrica que ocupaba, en una especie de retorno ineluctable de la segregación espacial.

De América Insular a la parte septentrional del continente, de una “escritura afectiva” femenina (concepto de Homi Bhabha utilizado por Montes Garcés) a otra, y de la situación poscolonial caribeña a la canadiense, el artículo siguiente, de Juan de Dios Torralbo Caballero, se fija en el discurso decolonial de la escritora Emily Pauline Johnson (1861-1913), cuya historia y doble cultura nos hicieron pensar en el Inca Garcilaso, nacido de una ñusta y un conquistador español. Hija de un jefe iroqués y de una inglesa, apela a una fraternidad probablemente idílica entre colonizadores británicos y colonizados y a una idea de mestizaje antagónica a la de Vasconcelos, que hemos visto. Esta identidad indígena que se esmera en alardear escénica e indumentariamente y exaltar en sus composiciones poéticas, dos de las cuales se glosan aquí, entra en diálogo, y no en conflicto, con el componente europeo de su ser. Vituperada las ignominias cometidas contra las poblaciones nativas, les da voz a quienes no la tienen y, en consecuencia, las admite en el canon literario canadiense del que son repudiadas, en una operación afín a la de Haroldo de Campos.

Si esta doble herencia mohawk/anglosajona abona y avala la crítica hacia el yugo al que se sujetan las poblaciones autóctonas, ¿qué decir de un discurso decolonial que dimanaría por completo del exterior? Dado que la descolonización epistemológica comporta la evacuación de los saberes que se han originado en las mismas potencias colonizadoras, ¿podría Europa contribuir

a la formación de una epistemología decolonial, sin que ello equivaliera a una reincidencia subrepticia en mecanismos coloniales pretéritos? Es una pregunta a la que Mignolo responde con un no rotundo, punto de partida de las reflexiones de Bénédicte Mathios acerca de la poesía española contemporánea. Confiriéndole una acepción lata a la noción de colonialidad, dada la imposibilidad postulada (aunque objetable) de una perspectiva decolonial europea, tiene en cuenta un corpus de cuatro poetas españoles que, en su censura de la sociedad coeva, insinúan un pensamiento decolonial en ciernes. Se trate de la defensa de un pueblo amordazado por una fuerza estatal centralizadora (la comunidad gallega en Rosalía de Castro; la gitana y la negra en nombre de las cuales habla el empático Federico García Lorca; las poblaciones latinoamericanas por parte de un Ángel González cuya traumática situación familiar durante el franquismo hizo sensible a las atribuciones ajenas) o, en la obra de Olvido García Valdés, de un alegato contra la sociedad española que desautoriza a las mujeres, la producción poética en cuestión fustiga relaciones de dominación entendidas en términos territoriales y disemina discretas simientes decoloniales. De la ocupación en el sentido literal de la palabra a su vertiente simbólica y, a la postre, a la realidad misma de una “escritura poética que se descoloniza” (p. 397), este es el movimiento general sugerido por Mathios.

En la continuidad de dicho movimiento, Lucie Castella, que sigue explorando en el último artículo del volumen en la veta poética de los tiempos presentes, se detiene en la disposición misma de las voces, los efectos visuales inducidos por la tipografía y la puntuación, es decir, la manera como el mensaje político penetra físicamente en el espacio de la página. Desde la epistemología decolonial abstracta hasta la materialidad y la experimentación de una lengua decolonial, la poesía de Juan Carlos Mestre, de carga social similar a la de Ángel González o de los estridentistas, se escribe en aras de la clase obrera. Esta, que recibe los honores del título en un poemario suyo de 2018, se ve exhortada a tomar la palabra y superar esta posición de sujeto “reversible” —vocablo por el que opta el poeta, que vale a decir sujeto colonial y subalterno—, o sea, a no pensarse desde la perspectiva de los potentes como una masa informe aborregada, sino como una asamblea de voces hermanadas y luchadoras. Este ardiente deseo de arrancar la igualdad y derruir las jerarquías sociales se transparenta hasta en la sintaxis y la grafía, consideradas como otras tantas marcas diferenciadoras que Mestre subvierte o descoloniza, con la certeza de que el idioma reproduce y afianza las desigualdades extralingüísticas. Este poder alterador de la poesía, que se muda en acción y praxis, en po-ética según la teorización de Jean-Claude Pinson, se transmite a los lectores, invitados a comulgar con los obreros, a formar a su vez un coro, un foro o un poetariado y a alzarse en baluartes contra toda forma de sometimiento.

Luego de haberse internado en otros campos de aplicación y otras ramificaciones del pensamiento decolonial en esta última sección, el volumen termina como empezó, con la voz de Cros, en una entrevista de 1991 (a cargo de Edith Negrín), la voz más personal y espontánea del profesor oriundo de Privas, cuya presencia ha sido continua en los veinticuatro artículos y más de cuatrocientas páginas que el lector acaba de leer. Volviendo sobre algunas diferencias sustanciales entre sociología de la literatura y sociocrítica, a fin de acotar mejor esta última, que, contrariamente a aquella, se adentra en los cimientos ideológicos y socioeconómicos de los textos literarios, sobre su adhesión a la doctrina marxista (véase p. 71) y lo que acarrea en cuanto a su visión de la literatura, emplaza en el centro de su discurso la importancia del compromiso cívico, político y crítico de sus investigaciones. Al final de este recorrido, uno se convence de la validez y la complementariedad de esta doble orientación sociocrítica y decolonial, que, a través del examen de los textos literarios y otras manifestaciones artísticas, permite atender prácticamente todas las dimensiones de las sociedades poscoloniales y ex-colonizadoras. Aunque las contribuciones concuerdan con la necesidad de desentrañar y socavar las dinámicas de dominación neocoloniales, que se juegan en el terreno de las ideas, la epistemología, las artes, las palabras, los imaginarios, no abandonan el rigor universitario necesario, demostrando que la existencia de una investigación militante, que algunos recriminan, no significa obcecación, cortedad de miras o carencia de distancia crítica. No existe consenso, del resto, entre los pensadores de la descolonización o descolonialización (dos términos no equipolentes) sobre las perspectivas, las terminologías y las herramientas idóneas. Al pasar la última página, el lector también se convence de que estas cuestiones de (des)colonialidad por fuerza deben abordarse bajo un prisma holístico, y que las categorías de clase social, de raza —a las que habría que sumarles el género y el sexo— que conllevan, deben entenderse conjuntamente pues están entrelazadas y recíprocamente subsumidas, aunque ello implique que sea menester ampliar al máximo el espectro conceptual y semántico de lo colonial, a lo mejor exageradamente a veces, y que la noción deba entrecomillarse (como en la p. 395).

Notas

¹ Este artículo es una traducción de la versión original, escrita en francés y publicada en el primer volumen titulado *Sociocritique et tournant décolonial. Convergences et perspectives* (Peter Lang, col. “Argumentos y debates. Sociocrítica e interdisciplinariedad”, 2023), y estas líneas que escribimos acerca de dicho artículo una traducción de la parte correspondiente de la reseña que publicamos en la revista *Sociocriticism* (Hors Série, « Hommage à Edmond Cros : actualité de la sociocritique / étude des fictions d’Edmond Cros », 2024, en línea: <https://interfas.univ-tlse2.fr/sociocriticism/>). De las veinticuatro contribuciones de las que consta este segundo volumen, cinco (Luste Boulbina, Dufoix, Rodríguez Manzano, Berthet-Cahuzac y Torralbo Caballero) se han publicado ya en francés en la primera entrega editada por Mohssine, con la convicción, muy de loar, de que había que facilitar el acceso de estos textos a un público no francófono. Las diecinueve contribuciones restantes son inéditas.